

Daniel Gutiérrez Ardila

1819
Campana de la
Nueva Granada

Universidad Externado de Colombia

Gutiérrez Ardila, Daniel, 1979-

1819 : campaña de la Nueva Granada / Daniel Gutiérrez Ardila -- Bogotá : Universidad Externado de Colombia. 2019.

171 páginas : ilustraciones, mapas ; 21 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN: 9789587901221

1. Bolívar, Simón, 1783-1830 -- Crítica e interpretación 2. Colombia -- Historia -- Guerra de independencia, 1810-1819 3. Colombia -- Política y gobierno -- Historia -- Siglo XIX 4. Venezuela -- Historia I. Universidad Externado de Colombia II. Título

986.103

SCDD 21

Catalogación en la fuente -- Universidad Externado de Colombia. Biblioteca. EAP.

Abril de 2019

A la memoria de David Watson

ISBN 978-958-790-122-1

© 2019, DANIEL GUTIÉRREZ ARDILA

© 2019, UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Calle 12 n.º 1-17 Este, Bogotá

Teléfono (57-1) 342 02 88

publicaciones@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición: abril de 2019

Editor: Carlos Camacho Arango

Diseño de cubierta e ilustraciones: Santiago Guevara

Composición: David Alba

Impresión y encuadernación: DGP Editores S.A.S.

Tiraje de 1 a 1.000 ejemplares

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Prohibida la reproducción o cita impresa o electrónica total o parcial de esta obra, sin autorización expresa y por escrito del Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia. Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad del autor.

Boyacá

El 3 de agosto, los revolucionarios atacaron a la Tercera División acampada en Paipa, matando cien hombres y obligándola a refugiarse en las alturas vecinas. Pudieron así atravesar por la noche el río Chicamocha por el puente que había estado resguardando el enemigo. En un reino pobre, este tipo de obras era muy escaso, lo que acrecentaba su importancia militar: tanto más en una campaña que tenía por objeto el control del camino real que conducía a Santa Fe. Cuatro días después, la lucha por el control de otro puente decidiría el destino del Reino.

Bolívar cruzó, pues, el Chicamocha en Paipa con sus tropas, pero fingió en la noche un repliegue hacia sus antiguas posiciones de Bonza, donde se encendieron las candeladas. El enemigo observó la maniobra desde Paipa y durmió tranquilo, sin enterarse de la contramarcha nocturna que efectuaron los patriotas siguiendo el camino de Toca: finalmente habían ganado la espalda de la Tercera División, interponiéndose entre ella y Santa Fe. El 4 de agosto, a las 9 de la mañana, los independentistas llegaron a Chivatá y dos horas más tarde, a Tunja. La ciudad era defendida

tan solo por una corta guarnición, porque el gobernador realista, Juan Loño, la había abandonado para ir con las tropas que le quedaban a reforzar a Barreiro en Paipa y llevarle 12.000 cartuchos remitidos recientemente por el virrey Sámano, así como las tres piezas de artillería (dos obuses y el cañoncito de a cuatro) con que esperaban compensar de forma parcial su desventaja numérica. El Ejército Libertador se apoderó en Tunja de 600 fusiles y pertrechos, así como de vestuario, cobijas y alpargatas que permitieron paliar la desnudez de sus soldados.

La configuración del enfrentamiento entre ambos ejércitos cambió por completo: la capital virreinal peligraba ya, quedando cortados los nexos entre sus autoridades y las tropas encargadas de defenderla. Barreiro, aquejado por una escasez general de hombres, pertrechos, cabalgaduras, víveres y uniformes, y por una opinión popular adversa, tenía ahora el tiempo en su contra. La estrategia defensiva que había adoptado desde las postrimerías de la batalla de Gámeza llegaba a su fin. A continuación, debía imperativamente cortar el avance enemigo hacia Santa Fe y salvar los destacamentos realistas del valle de Tenza para reorganizar con ellos la defensa de la capital virreinal.

Barreiro se enteró de la maniobra del Ejército Libertador al amanecer del 5 de agosto y emprendió aceleradamente la marcha con dirección al suroccidente. En una venta del camino se encontró a medio día con el gobernador de Tunja y recibió aliviado los pertrechos enviados por el virrey Sámano. Al mismo tiempo recibió, por boca de unos hombres que huían de esa ciudad y que pasaron casualmente por el lugar, la noticia de que había caído en manos del enemigo. La jefatura de la Tercera División

decidió entonces imitar a los independentistas, marchando de noche para sobrepasarlos, sin ser vistos, por caminos que la lluvia hacía "casi intransitables". A la una de la madrugada del 6 de agosto los soldados llegaron a Cómbita y, tras una breve pausa de un par de horas, reemprendieron el camino hacia Motavita bajo un aguacero incesante. A las once y media de la mañana ingresaron a la población, situada a más de 3.200 metros de altura sobre el nivel del mar. Allí hicieron pausa para descansar, limpiar las armas estropeadas por el agua y secarse un poco. No había en Motavita un alma: todos los habitantes, incluido el cura, habían abandonado el poblado al enterarse de la entrada del ejército realista.

Había urgencia en dar cuenta de las malas noticias al virrey Sámano. Pero, ¿cómo hacerlo, si las comunicaciones estaban cortadas? Un soldado del batallón del rey, "bien práctico del país", se ofreció a conducir los pliegos en menos de veinticuatro horas, disfrazado y por caminos extraviados. Como se trataba de una misión arriesgada, pues los conductores de correspondencia del enemigo eran por lo común apresados o ejecutados, el soldado exigió a cambio de su misión licencia absoluta del servicio y cuatro onzas de oro: ambas cosas le fueron concedidas. ¿Era acaso uno de tantos antiguos revolucionarios condenados a servir en el Ejército de Costa Firme como soldado raso? De ser así, el trato concluido fue una redención por partida doble: de la onerosa pena del servicio militar y de la muerte que probablemente le hubiera deparado la guerra en el campo de Boyacá.

Seguir la ruta hasta Motavita era una maniobra inteligente de los jefes realistas, pues desde las calles del pueblo se divisa la ciudad de Tunja, pudiendo, por tanto,

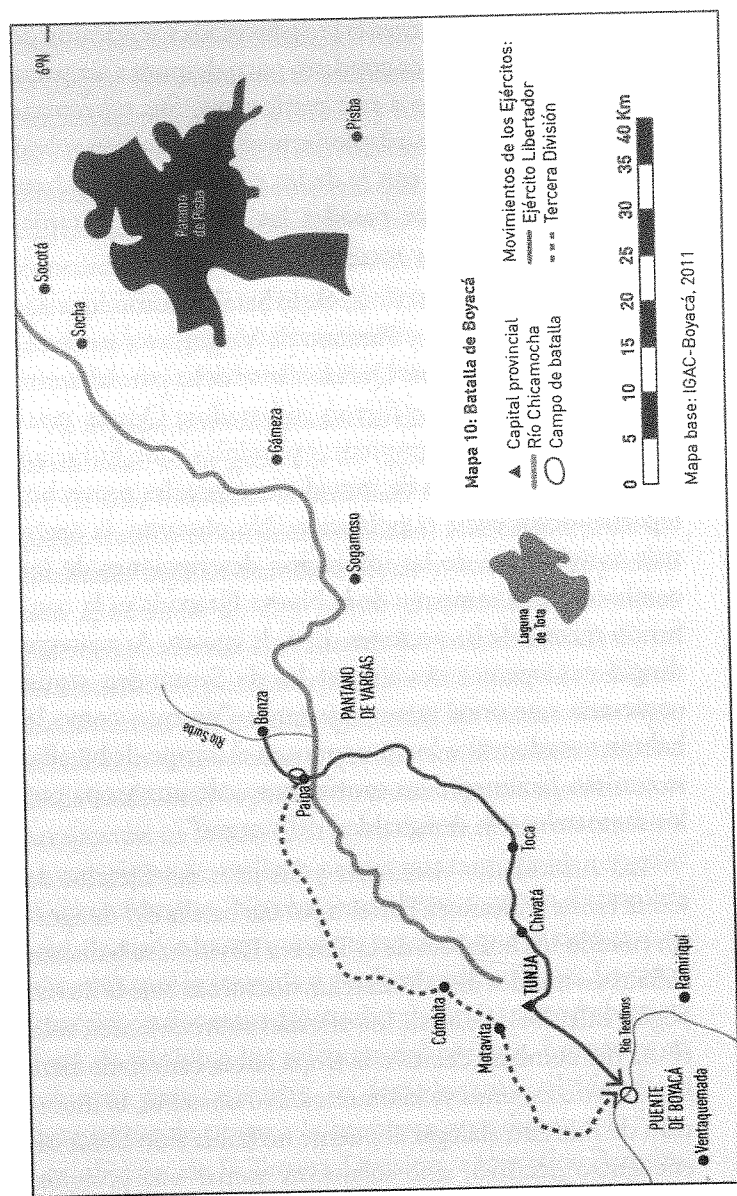
inspeccionarse con facilidad los movimientos de las tropas enemigas. No obstante, el propósito de rebasarlas seguía pendiente, por lo que a las tres y media de la madrugada del 7 de agosto la Tercera División retomó la marcha por el páramo para caer al camino real que conducía a Santa Fe a la altura del puente de Boyacá, en las inmediaciones del cual se encontraba una casa con techo de teja que empleaban las postas para los relevos propios de la conducción del correo. Gracias a los espías que mantenían, los revolucionarios se enteraron de inmediato del movimiento.

Al llegar a Boyacá pasadas las dos de la tarde, Barreiro divisó una "corta guerrilla de caballería enemiga" en lo alto de una montaña, al otro lado del puente. Creyendo que se trataba de un cuerpo aislado, mandó a uno de los batallones bajo su mando avanzar y atravesar el puente para apoderarse de él y tomar una posición ventajosa que cortara además el avance de los patriotas hacia Santa Fe. Cuando se puso en ejecución la orden, los realistas descubrieron con estupor que todas las fuerzas enemigas se hallaban emboscadas y que los atacaban con empeño desde las alturas. No pudiendo cruzar el puente, procuraron parapetarse en la casa de teja, en donde ubicaron también las tres piezas de artillería por las que tanto habían rogado al virrey Sámano. No obstante, el único cañón disponible solo alcanzó a hacer tres tiros antes de que se desbaratara la cureña que lo sostenía y perdiera toda utilidad. La carga frenética de dos escuadrones de caballería independentista llenó de pánico a los soldados del rey que, formados en columna para resistirles, se desordenaron, olvidando la instrucción de cargar a la bayoneta, y se dieron a la fuga. Los oficiales de la Tercera División, entre ellos Barreiro,

procuraron en vano contener la desbandada y se apearon de sus monturas, lo que los condenó poco después a ser presa fácil de los atacantes o a caer prisioneros. Sus esperanzas quedaron puestas en la caballería, pero esta también volvió caras antes de chocar con la de los patriotas. El combate terminó confusamente pasadas las cuatro de la tarde, después de dos horas y media (mapa 10).

Los partes y las relaciones de la batalla, como los relativos a las de Gámeza y Pantano de Vargas, son escuetos, confusos y enigmáticos. Quizás ello se deba parcialmente a la premura con que fueron redactados. Quizás también a la carencia de imprentas portátiles, que hubieran permitido difundirlos de inmediato y sacarles provecho, repartiéndolos entre la población. No obstante, la razón más convincente de las imprecisas descripciones de los combates de la campaña de la Nueva Granada es la confusión misma de las acciones. El 7 de agosto, Anzoátegui dirigió sus operaciones sin ver las de Santander, según confesaría este unos meses más tarde, "porque, como lo habrán notado todos los que conocen el campo de batalla, se ocultan fácilmente los movimientos de una tropa por los matorrales y la desigualdad del terreno".

Las autoridades virreinales y los jefes del Ejército de Costa Firme criticaron a Barreiro por dar batalla el 7 de agosto, cuando los hombres de la Tercera División se hallaban exhaustos tras dos días de marchas nocturnas bajo la lluvia. Según cálculos de uno de los oficiales sobrevivientes, solo el día del combate decisivo la tropa había caminado siete leguas, esto es, unos 35 kilómetros. No obstante, la intención de Barreiro al llegar al puente no había sido librar un encuentro decisivo, sino solamente tomar una posición



ventajosa, interponiéndose entre el Ejército Libertador y la capital virreinal. Además, no tenía muchas opciones. Si hubiera optado por la retirada, habría necesitado un día de marcha para llegar a Ubaté, desde donde podía tomar el camino alternativo a Santa Fe, pero entonces el Ejército Libertador habría contado con una ventaja de dos días, pudiendo apoderarse por sorpresa de la capital.

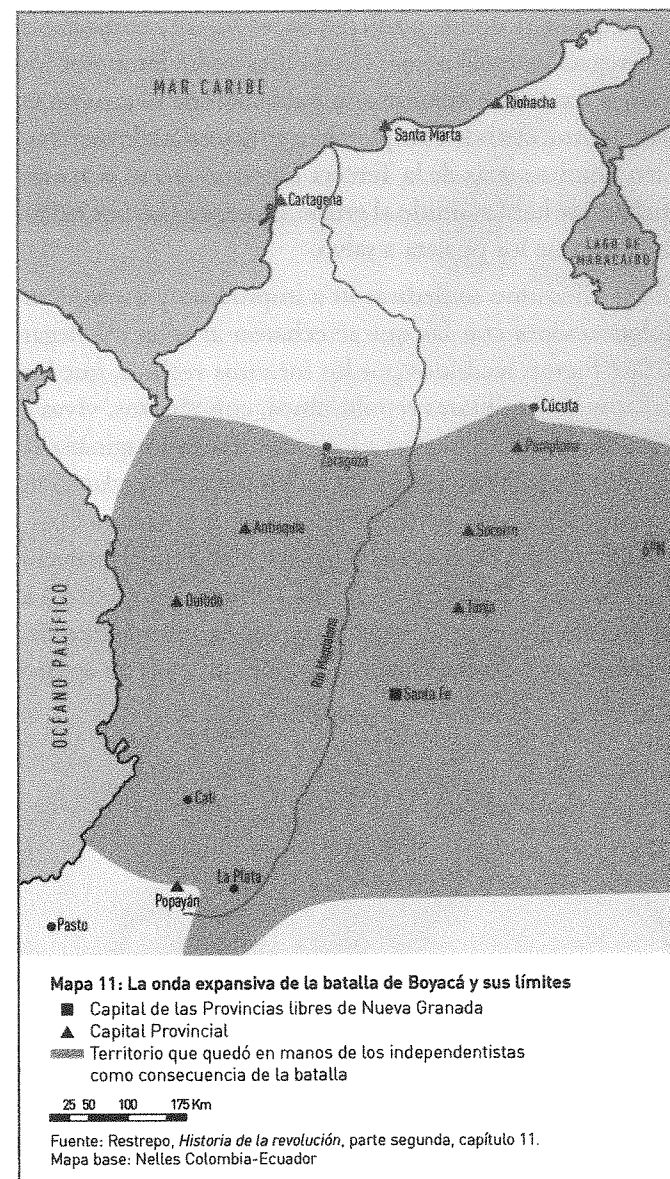
Según las estimaciones de los realistas, la Tercera División estaba compuesta por unos 1.800 infantes y 400 caballos, frente a 2.500 hombres y 600 caballos de los independentistas. Estos estimaron sus propios efectivos en 3.000 hombres y las bajas, en menos de veinte. El saldo para los derrotados fue terrible: además de unos cien muertos, Barreiro fue hecho prisionero en el campo de batalla por un soldado llamado Pedro Pascasio Martínez, cuyo recuerdo ha perdurado en la memoria de los colombianos. También cayeron prisioneros el segundo al mando, coronel Francisco Jiménez, así como “casi todos los comandantes y mayores de los cuerpos, multitud de subalternos y más de mil seiscientos soldados; todo su armamento, municiones, artillería, caballería, etc.”.

El Ejército Libertador incorporó de inmediato en sus batallones la numerosa tropa realista capturada, americana en su inmensa mayoría, aumentando considerablemente su tamaño, lo que permitió que del campo mismo salieran columnas hacia el río Magdalena, Antioquia, Chocó y Popayán. En tan solo unos cuantos días, todos esos territorios quedaron en manos de los patriotas, muchas veces sin que se disparara “un solo tiro”. En efecto, el pánico se apoderó de las autoridades españolas: el virrey Sámano huyó a Honda, acompañado por los principales

dignatarios del virreinato; los gobernadores del Socorro y Pamplona se retiraron a Cúcuta, y el de Antioquia huyó hacia Cartagena, de modo que el teniente coronel independentista José María Córdoba no tuvo con quien batirse y entró tranquilamente a Medellín. Juan María Gómez, que ostentaba el mismo grado en las filas patriotas, llegó al Chocó con cincuenta soldados, pero para entonces el agente del rey en la provincia se había dado a la fuga, intento en el que fue capturado y fusilado por patriotas espontáneos en la desembocadura del Atrato (mapa II).

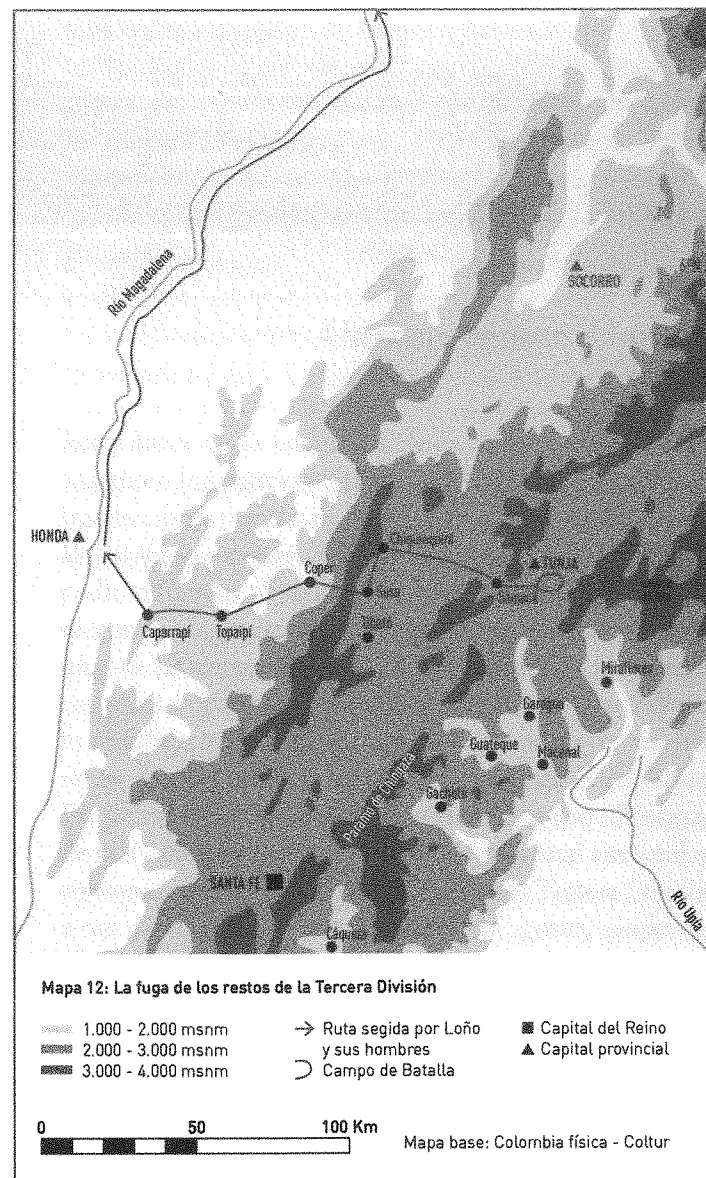
Al concluir la batalla, la tropa realista huyó en múltiples direcciones, “según la situación que a cada uno le cogió en este desgraciado momento”. En el pueblo de Samacá se juntaron varios oficiales y más de un centenar de soldados. Para evitar el arresto o el asesinato tomaron la ruta de Chiquinquirá, a donde llegaron al día siguiente, después de marchar toda la noche. Siguieron su camino por Susa con la idea de llegar a Santa Fe, cuya suerte ignoraban, plan que se vio frustrado por la presencia de soldados patriotas en Ubaté, por lo que se dirigieron hacia Muzo, caminando una vez más durante toda la noche.

A pesar de que el enemigo les pisaba los talones y de que la mayoría de los caballos que llevaban se despeñaron o tuvieron que ser abandonados porque ya no daban más, los fugados de Boyacá llegaron a Coper, Topaipí y Caparrapí con la intención de unirse a Sámano y demás autoridades virreinales en Honda. Cerca de esta villa se enteraron de que los independentistas se les habían adelantado nuevamente. No siendo posible devolverse, pues todo el que se rezagaba corría el riesgo de caer asesinado, se internaron en los bosques, tratando de llegar a algún punto



del Magdalena donde pudieran hacer balsas y emprender la navegación aguas abajo. Cinco días anduvieron por los montes hasta que salieron a la población de Guarumo el 19 de agosto, cuando completaban ya doce días de marcha. Cien hombres más de la Tercera División (en su mayoría oficiales) se habían unido al grupo, desesperados por hallar una ruta que los pusiera a salvo.

En Guarumo se dedicaron a improvisar y a confiscar embarcaciones con las que se echaron al agua. Al llegar a Nare fueron recibidos por los incautos vecinos, que los tomaron por militares republicanos, con abrazos, vivas a la independencia y muera a los godos. Podrá imaginarse la reacción del pueblo cuando los recién llegados revelaron su verdadera identidad. Los oficiales en fuga de la Tercera División entablaron un consejo de guerra verbal que sentenció al alcalde del poblado y a un espía a la pena de muerte. La navegación prosiguió por Morales, El Banco y Mompós, puerto en que desembarcaron los realistas el 25 de agosto al atardecer (mapa 12).



Un viaje penoso e incierto

Justo antes de la batalla de Boyacá, el coronel Manuel Martínez de Aparicio y el comisario Juan Barrera recibieron instrucciones precisas de Barreiro de adelantarse a preparar alojamiento y víveres a sus tropas camino a Santa Fe y de pedir refuerzos al virrey Sámano. Tan pronto emprendieron la marcha escucharon los primeros disparos desde una de las cuestas que rodean el campo. Se detuvieron entonces a observar el combate y cuando comprendieron lo sucedido retomaron el viaje, aunque ya no “como emisarios del general [sic] vencido, sino en clase de fugitivos”. En treinta horas recorrieron sin pausa los 100 kilómetros de mal camino que los separaban de la capital virreinal. Al comunicar las nuevas del descalabro de la Tercera División a eso de las diez de la noche del 8 de agosto, sembraron el pánico entre los pocos jefes realistas que encontraron. Sámano decidió callar para preparar su fuga sin contratiempos y huyó a las nueve de la mañana del día siguiente por la ruta de Honda, “vestido con traje de campesino de la sabana”, es decir, con un “gran sombrero colorado y una ruana”, “montado en soberbio corcel, precedido de

numerosa escolta de caballería". La premura fue tanta, a pesar de una noche entera de preparativos, que abandonó los archivos y almacenes, y más de 900.000 pesos en oro, plata y moneda. A principios del mismo año, las mil reses y las mil cargas de harina que consumió la Tercera División en su entrada a los Llanos habían costado 20.000 pesos.

En la capital del Reino se sabía que los independentistas habían entrado por la cordillera a la provincia de Tunja, pero no había claridad alguna sobre la situación militar. Aun la Audiencia, corporación donde por ley debían tomar consejo los virreyes, ignoraba la verdadera situación, aunque temía, "como todos, un suceso desgraciado de la guerra": por la gaceta oficial (la única que se imprimía) no se enteraba sino de los hechos de armas favorables a la causa realista. Los oidores comprendieron lo sucedido en Boyacá en "las primeras horas de la noche" del 8 de agosto, aunque no por comunicación oficial, sino a través de algún empleado cercano al virrey y por otros empleados y particulares que gozaron del mismo privilegio. Tampoco logró la Audiencia reunirse con Sámano para hacer frente a la coyuntura, como lo esperaba. Todos los oidores, salvo uno que supo la primicia algo más tempranamente, salieron de Santa Fe "sin equipajes, ni otra cosa que lo que llevaban puesto, habiendo tenido tiempo únicamente para salvar el sello real", es decir, la matriz que permitía validar las decisiones del alto tribunal con las insignias del monarca español. Solo después de unos 15 kilómetros de marcha pudieron los fiscales obtener bestias, sufriendo aun "el doloroso bochorno de que pasase el virrey, por junto a ellos, llevando consigo la compañía de caballería de su guardia montada, y que, ya que no supo proporcionarles bagajes en Santafé, tampoco tuvo la consideración de hacer desmontar

a sus soldados, al menos hasta el primer pueblo", distante unos 7 kilómetros. El resto del viaje hasta Cartagena no fue menos escabroso para los oidores, porque el miedo los hizo marchar aun de noche, porque careciendo de recursos pasaron hambre con sus familias y porque los pueblos del Magdalena "estaban algunos mal dispuestos y sus vecinos en las orillas del río asaltaban las barcas indefensas".

Los demás empleados santafereños del rey y los particulares favorables a la causa de España conocieron la noticia del descalabro de Boyacá el 9 de agosto, puesto que la fuga de Sámano y sus más cercanos colaboradores no podía mantenerse en secreto y puesto que el coronel Sebastián de la Calzada, el mismo que el año anterior había combatido en el Apure, luego de prender fuego al almacén de pólvora a las siete de la mañana, se puso en marcha con los 450 hombres que guarnecían la ciudad. Por temor a la furia de los vencedores se desencadenó una emigración tan apresurada como improvisada, estimulada por la escandalosa imagen que las publicaciones de los realistas habían difundido de Bolívar y sus hombres, a quienes pintaban como monstruos enloquecidos por la sevicia y el ansia de venganza. Pero las desgracias de unos suelen ser la fortuna de otros. La huida de los realistas notorios de Santa Fe fue providencial para ciertas personas, como José María Hernández, un rico agricultor de Funza que padeció la confiscación de sus mulas para conducir el equipaje de Sámano. Cuál no sería su sorpresa al verlas regresar al día siguiente cargadas con 4.000 onzas de oro, unos 113 kilos: durante la noche se habían desencaminado y habían retomado el rumbo de su casa, sin que la pérdida fuera advertida por los atemorizados conductores de la recua.

Muchos realistas emprendieron el viaje a pie, "siendo un objeto de tierna compasión el gentío inmenso que cubría aquellos hermosos campos, y que huía abandonando cuanto tenía y sin contar con algo seguro para un viaje penoso e incierto". Las casas fueron dejadas con sus muebles y enseres, y las tiendas y almacenes con sus mercaderías. Como podrá imaginarse, la ocasión se prestaba para un saqueo concienzudo, al que se libraron sin dudarlo muchos de los residentes de la ciudad durante todo aquel día, aquella noche y la mañana y tarde siguientes. El orden recién se impuso poco antes de caer la noche del 10 de agosto, cuando Bolívar y el grupo de jinetes que le servía de escolta llegaron a Santa Fe: la gente lloraba de júbilo "y todos, hombres, mujeres, viejos y niños corrían a abrazarlo, a echarse a sus pies sin saber cómo manifestar su agradecimiento". Bolívar, con la cara bronceada por el sol, patillas cortas, bigote grueso y pelo negro crespo, venía pobremente vestido: "una capita mezuquina, morrión deteriorado, botas raídas". Cuando los vencedores comenzaron a llegar en masa a la ciudad dos días después, su aspecto era tal,

que parecían facinerosos escapados del presidio [...]. Los mejor alhajados se cubrían con alguna pieza del uniforme de los muertos o prisioneros del ejército español. Los generales Santander, Soulette y otros jefes distinguidos vestían ruanas de bayetón, alpargatas, sombreros de palma y calzones de manta del Socorro: todos ellos denegridos, sucios, con el cabello y la barba en el mayor desgreño.

Calzada, responsable del incendio del polvorín, sin comprender que aún podía defender la ciudad, se dio a la fuga con sus hombres rumbo a Popayán. El oficial realista

Antonio Pla, por su parte, que huía a la cabeza de 300 hombres en desbandada desde el valle de Tenza, pasó en la noche del 10 de agosto por el cerro de Monserrate, que flanquea la capital por el oriente. Si el temor no lo hubiera cegado y se hubiera atrevido a incursionar en Santa Fe, habría podido matar a Bolívar o hacerlo prisionero. No obstante, su estado de ánimo le impidió reaccionar, optó por retroceder hacia Tunja y fue acosado por las guerrillas de Guasca y Guatavita, que armadas con lanzas, palos y rejos de enlazar lo apresaron y lo condujeron a la capital.

El 9 de agosto no solo huyeron de Santa Fe los empleados del rey, sino también entre 400 y 500 particulares que temían por sus vidas. Muchos realistas se contentaron con esconderse por unos días hasta que comprobaron que las nuevas autoridades no pensaban sembrar la ciudad de cadalsos. ¿Por qué entonces persistieron en su emigración los demás? Muchos se dejaron guiar por el pánico. Otros por estar ciertos de que, en razón de su militancia activa con la causa realista, los aguardaba un castigo inevitable. El caso del vasco José Francisco de Ancizar es en ese sentido esclarecedor. Llegado en 1803 al Reino como parte del séquito del virrey Antonio Amar y Borbón, se convirtió en comerciante y hacendado. Al estallar la revolución en 1810 procuró transitar por ella con disimulo, apoyando a Antonio Nariño y la causa del Estado de Cundinamarca. En 1815 se vio comprometido en una conspiración realista, siendo condenado a presidio en Cartagena. La llegada del Ejército de Costa Firme impidió el cumplimiento de la sentencia, de manera que Ancizar no solo se salvó del castigo, sino que también obtuvo recompensas por su lealtad al rey. Sirvió por un tiempo como corregidor de Zipaquirá,

encargándose de tareas impopulares como recaudar contribuciones extraordinarias y obligar a los habitantes de la zona a construir de balde caminos y puentes. Sobre los sentimientos realistas de Ancízar no cabe duda. Después de que abandonara su cargo en Zipaquirá y retomara sus especulaciones comerciales en Santa Fe, consta que denunció las reuniones nocturnas y aparentemente subversivas de unas cuarenta personas en cierta tienda. En consecuencia, una patrulla disfrazada se presentó en el lugar y apresó a seis paisanos.

Como Ancízar era un realista notorio, activo y penden-ciero, después de Boyacá temió que sus enemigos buscaran perjudicarlo. Por eso hizo parte de la comitiva que abandonó Santa Fe el 9 de agosto en la madrugada, junto con su esposa, su cuñada y sus cuatro hijos: la mayor iba a pie, los dos siguientes compartieron una montura y el más pequeño viajó en el arzón de la silla del caballo del padre. Por la premura del viaje, en lugar de tomar el paquete donde guardaban el dinero, la madre "echó mano de un atado de cubiertos, y no cayó en cuenta del error sino cuando quiso comprar algo en el camino para aplacar el hambre de sus hijos". Tan difícil fue la travesía que dos de ellos fallecieron antes de llegar a Cartagena, mientras que la niña murió durante el asedio patriota al puerto en 1821. Solo se salvó, pues, el menor, llamado Manuel, que emigraría a Cuba con sus padres y regresaría a la Nueva Granada en tiempos de la presidencia de Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849) para convertirse en un destacado periodista y funcionario público.

Tercera parte

Colombia